

La temporalidad en Nietzsche

Nerva Bordas de Rojas Paz

De modo sugerente, detrás de metáforas deshinibitorias, el pensamiento de Nietzsche se mueve y estructura fundadamente alrededor de un eje central que gobierna toda su obra: la temporalidad. La consumación de su lectura sobre el mundo llega a su madurez, a su extrema manifestación, cuando corona sus intuiciones con la plenitud que le brinda el mito del eterno retorno. Recuperar esta metáfora del tiempo circular hará que su metafísica encierre, por una parte, una ética tendiente a integrar la acción humana con el mundo, como partícipes de una común aventura que transcurre en el ritmo cósmico; por la otra, frente al «Dios ha muerto», conectar como datos ontológicos la voluntad de poder y el superhombre, abriendo las puertas a la eternidad. Esta unidad ontológica de hombre-naturaleza resulta explícita en las instrucciones dirigidas al joven que debe acceder al verdadero camino de la cultura:

...de ese modo comprenderá la unidad metafísica de todas las cosas en el gran símbolo de la Naturaleza y se sentirá penetrado de su eternidad y necesidad...¹

Desde la coherencia del todo se proyectará la dimensión de eternidad, revelando la fuerza del tiempo en la unidad constitutiva del ser. Por ello podrá decir que

...el valor de un pueblo –y también, por cierto, el de un hombre– se mide precisamente por esta facultad de poder imprimir en todos los hechos de su vida el sello de la eternidad...²

La temporalidad dice el sentido y puebla de imágenes el universo nietzscheano que asume como misión recomponer la marcha de una humanidad extraviada. Impactado por el efecto que aquélla produce en la determinación del obrar, la interpreta como vía conductora hacia la grandeza de un hombre

empequeñecido. El mito del Eterno Retorno representa esa fuerza interior del Todo que conduce a la superación de la caída. Naturaleza y hombre danzan en el tiempo unidos en la voluntad de poder. El vértigo de la metamorfosis que se produce en el ser humano al devenir superhombre es experiencia cósmica que permite desnudar el ser en su intimidad, inscripto en un movimiento circular del eterno retorno. Alcanzar su magnetismo es dejar atrás al hombre limitado.

Al morir el viejo Dios, renace la vida. En ella late el arquetipo; en su tramado se entablan las correspondencias que plantean un nuevo mandato ético ligado al tiempo, afirmado como sustento del ser. Hay una exigencia de que lo bueno en sentido nietzscheano llegue a ser un valor eterno.

...el origen de todas las cosas buenas es de mil modos diferentes, todas las cosas buenas y petulantes (mutualliges) saltan de placer a la existencia: ¡cómo iban a serlo tan sólo una única vez!...³

Por eso su metafísica podrá ser considerada como una ética y la temporalidad un dato ontológico que no puede sino estar inmerso en el flujo de lo eterno. Zaratustra afirma esta unidad coherente del ser con el tiempo como voluntad de poder y eternidad. E. Fink lo señala «voluntad de poder es todo lo existente desde el momento que está en el tiempo»⁴. Ser y Tiempo. Ser y eternidad.

La dimensión circular reinterpretada por nuestro autor, se enfrenta a la concepción lineal que suprime los mitos y hace nacer la historia. La linealidad tergiversa el sentido del ser, lo limita volviéndolo fugaz e inconsistente, lo angosta y empobrece. Descontextúa la idea de un hombre forjador de su destino al someterlo a los designios de un Dios o una racionalidad absolutizada que le impide ser. En ella el pasado y el futuro no pueden resolver su antagonismo: buscan desligarse uno de otro en recíproca negación. Cada instante se evapora y fuga, se disuelve antes de haber nacido; unos a otros se devoran en un encadenamiento lineal infinito. En su carácter de irrepetibles se acumulan como suma insustancial habilitando la idea de progreso moderno. Niegan la vida en

su impulso ilimitado. Tal irrepetibilidad genera una acción desentendida del sentido. Nos parece que, para Nietzsche, lo decisivo es ver cómo la acción se separa y desentiende de la vida, se le opone, desarrolla así una incordinación con el mundo que termina destruyéndolo.

Advertimos que la temporalidad cristiana, de base lineal en el tiempo profano, cierra circularmente en el tiempo sagrado. Ello hace que no admita ser leída como mera linealidad, sin más, pues sus efectos son diferentes. Las acciones de un tiempo lineal provisorio deben poder entrar en la circularidad sagrada de carácter eterno; va en ello la salvación o la condena a perpetuidad. Pasado, presente y futuro llevan en sí un destino de eternidad y necesitan estar en correspondencia entre ellos y con el plan divino. Al modo de la exigencia de Nietzsche entre el superhombre y la voluntad de poder. En San Agustín, presente, pasado y futuro se reconcilian porque la linealidad cristiana es finita y recupera su eternidad. Retoma la circularidad cuando se cierra la línea de la historia personal –muerte y juicio final– y se vuelve a la casa del Padre de donde se ha salido.

En este contexto, sobre las ruinas de la linealidad, lo circular renace dispuesto a afirmar la vida. No se trata de una mera repetición eterna de lo dado; Nietzsche es hijo de su tiempo. El hombre, desvalorizado por la dependencia de un Dios o entendido como subjetividad racional formal, debe recuperarse plenificado en el ser. La concepción del eterno retorno debe encontrar su destino de libertad, debe ser abierto un espacio para que la capacidad creadora humana resuene integrada al mundo; para que la voluntad de poder forje el superhombre y alcance lo imperecedero. Debe ser ocupado el espacio que el Dios ha muerto dejó libre.

Reelabora entonces este tiempo del eterno retorno. La mera repetición de todas las cosas da lugar al sin sentido. Repetir en Nietzsche es el resultado de asumir la voluntad de poder que funda la novedad, respondiendo a la ley de conformación del ser. Es la acción del superhombre que, en tanto tal, actúa con el poder magnético subyacente en la comprensión metafísica del mundo.

Será uno con la vida o no será. El tiempo en su infinitud retorna –nos dice– repitiendo los sucesos eternamente; pero la mera repetición infinita conduce a que «todo sentido se vuelva sinsentido».

La *Gaya Ciencia* inicia el planteo en el aforismo 341.⁵ El *Así habló Zaratustra* profundiza el alcance, constituyéndolo en tema medular. Afrontamos el texto con la intención de no traicionarlo pero sin soslayar la provocación de recrearlo. Las imágenes se proyectan más allá de lo que dicen cuando producen una misteriosa fascinación que no se atenúa al pensar lo contrario. No es frecuente admirar desde el disenso.

El citado aforismo gira en torno a una primera aproximación: el enorme peso a soportar cuando se reitera siempre lo mismo sin nada nuevo, «es wird nichts Neues daran sein». Entonces alude a «...cada dolor y cada alegría, cada pensamiento y cada suspiro, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño de tu vida...» repitiéndose a perpetuidad. Está pensando en la circularidad, pero no según la interpretación pre-moderna, que él califica como de una pesadez insoportable, sino en una circularidad que aliviane la vida y la haga deseable. En el *Zaratustra* desarrolla su idea temporal. Tomamos dos pasajes decisivos que se titulan «La visión y el enigma» (*Vom Gesicht und Ratsel*) y «El convaleciente» (*Der Genesende*). Textos discutidos y polémicos, dejan innumerables cuestiones abiertas al pensamiento. La narración se apropia del lenguaje simbólico no exenta de belleza, como es su estilo. Desde el encantamiento de una visión enigmática, toman densidad las figuras más profundas de su discurso. La serpiente y el pastor despliegan las acciones fundantes, constructoras del puente a la eternidad, actores del juego vital entre el hombre y el tiempo. En la serpiente se esconde el tiempo avasallante, anillos de círculos que asfixian, del que hace falta liberarse; el pastor, hombre común, sufre la conmoción de aquél que debe encontrar el sentido para vivir como superhombre. En el relato *Zaratustra* asciende por un sendero de montaña, «maligno y solitario», arduo y difícil, obstaculizado por el tironeo hacia abajo con que lo asedia su propio espíritu, el espíritu de la pesadez, al mismo tiempo su demonio y enemigo capital. Allí se guarece el mitad enano,

mitad topo que lo inmoviliza, «dejando caer pensamientos-gotas de plomo en el cerebro». Acoso del enano anunciando una caída inevitable, dura lucha para impedir que avance. En ese debate emerge el VALOR que lo destierra de sí como «el mejor matador». El valor provocará el pensamiento abisal con que derrotará al enano. En este escenario se presenta la visión enigmática: un portón que lleva inscripta la palabra «instante» es punto de convergencia de dos caminos que nadie ha recorrido hasta el final y que dicen lo eterno. Al chocar nace el instante. El pensar se desliza hacia la justificación de la necesidad con que todas las cosas que pueden correr en el tiempo, tengan que poder volver a correr una vez más, en el sentido de retornar eternamente. La visión describe la situación conflictiva del hombre, la necesidad de salir del encierro que no lo deja ser y la circunstancia por la que se supera. El hombre viene al mundo con una pesada carga que debe aligerar. El joven pastor se retuerce, convulso, con el rostro descompuesto, tratando de arrancarse la pesada serpiente negra que cuelga de su boca y se desliza en su garganta. Al morderla, escupir la cabeza y ponerse de pie de un salto ha logrado asumir la voluntad de poder: acto creador y ético por excelencia. Desde entonces deja de ser pastor, de ser hombre pequeño, para llegar a ser un «transfigurado, un iluminado que ríe». En el «instante» se revela la decisión suprema que convierte lo humano en suprahumano o superhombre. En la eternidad del «ahora» vibran las acciones del superhombre.

El «instante» es aquello que permite modificar el sentido de la circularidad. Es una escisión por la que penetra lo nuevo destinado a retornar eternamente. Puede hacerse una relectura de la temporalidad viendo el ensamble de ambas experiencias temporales, negadas por él en su ortodoxia. La propuesta es fuertemente cuestionada en su coherencia interna; no es de fácil aceptación. La circularidad es atadura a los dioses, hastío y negación de la creatividad humana; la linealidad es un avanzar contra la vida. El nihilismo. La pregunta es hasta qué punto el «instante» las compatibiliza. En el ahora insertado desaparece la oposición entre futuro y pasado, irreconciliables en el tiempo lineal, se alcanza la dimensión de eternidad donde todos se encuentran. El tiempo circular no admite la mera acumulación de hechos puntuales e irrepetibles; los sucesos tienen

que alcanzar el ser deseables y dignos de repetición eterna. En la linealidad infinita, sean buenos o malos, deseados o no, no se repetirán. Por ello se vuelven insustanciales. Heidegger afirma: «...es en el instante, centro del conflicto donde él conoce su infrangible continuidad...».⁶ La circularidad encierra el Todo en su infinitud. Aquello que puede correr hacia adelante, tiene que volver a correr una vez más, retornar eternamente. Esta noción del instante es el momento diferenciador en Nietzsche. Permite introducir la idea de una libertad moderna como espontaneidad. Creemos que está en juego un debate tradicional y profundo: el límite entre el poder de lo divino y lo humano. Recordamos a Antígona y la vocación moderna para resolver la tragedia en favor de lo humano. La circularidad del mito atañe al tiempo de los dioses; sólo ellos generan la acción inaugural: el hombre la reitera cumpliendo un mandato; carece del poder de la novedad pues no tiene la facultad del comienzo absoluto. Mundo inmutable con el que el hombre armoniza, cumpliendo un destino prefijado. No es esa la visión del hombre moderno. Despejado el cielo de dioses, está legitimado para romper los límites y ocupar su lugar. Pero Nietzsche introduce un referente: el paradigma de la vida leída como voluntad de poder. No hay otra voluntad que la de poder y a ella se accede con valor y decisión. Paradojalmente su único límite es lo ilimitado.

Nuestro filósofo no abandona la temporalidad moderna, a la que critica; le modifica el sentido y la transforma: una voluntad que se apropia del mundo, asumiendo la dimensión ontológica cósmica, acompaña su ser expandiéndose ilimitadamente. Aunque Dios haya muerto, sospechamos que ha nacido un nuevo dios: la voluntad de poder impresa en la vida. Es su referente; debe alcanzarlo para ser superhombre. Pero no estamos frente a una subjetividad trascendental autosuficiente; la voluntad de poder implica lo ilimitado dentro del sentido del cosmos. La linealidad infinita no es eternidad. Sólo es pensable como mala infinitud, en el sentido de Hegel. Se vuelve eternidad en cuanto Todo, cuando ser y tiempo participan en la voluntad que ontológicamente define al mundo. La voluntad de poder tiene la fuerza de lo paradigmático. La dimensión sagrada está inscrita en esa eternidad. Nietzsche la asume:

...yo trazo en torno a mí, círculos y fronteras sagradas; cada vez es menor el número de quienes conmigo suben a montañas cada vez más altas: yo construyo una cordillera con montañas cada vez más santas...⁷

Aún hoy no hemos resuelto la necesidad de poner en coherencia hombre y cosmos. Es claro nuestro actual alejamiento cada vez más profundo de la vida y acordamos con Nietzsche en ello, aunque no aceptemos la voluntad de poder. América vive con intensidad tal escisión a la que agrega la necesidad de dar coherencia a las diversas metáforas temporales que operan en su interior simultáneamente.⁸ A nivel mundial, vivimos una incoherencia temporal fuerte entre un tiempo biológico y un tiempo científico tecnológico. Mientras el primero aún reclama el acuerdo Hombre y Naturaleza, el segundo ha disuelto la noción temporal, lineal o circular; e impone un tiempo de aceleración constante, donde hombre y naturaleza son desplazados al plano de la instrumentación para fines exóticos. Las diferencias que nos separan de Nietzsche no impiden comprender los momentos de grandeza de su poderoso pensamiento.

Notas

¹ Nietzsche, 4ta. Conferencia 1872, *El porvenir de la enseñanza, El origen de la tragedia y obras póstumas*. Bs. As., 1951, pág. 284.

² Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie, Hauptwerke Band 1*, Kroner Verlag Leipzig, pág. 182.

³ Nietzsche, *Also Sprach Zarathustra*, o.c., pág. 192, Madrid, 1975. pág. 245.

⁴ Fink, E. *La filosofía de Nietzsche*, Ed. Alianza, Madrid, 1976, pág. 99.

⁵ Nietzsche, *La Gaya Ciencia*, La ciencia jovial, Monte Avila, Venezuela 1993. Aforismo 341.

⁶ Heidegger, M., *Nietzsche*, ed. Gallimard, París 1975, pág. 245.

⁷ Nietzsche, *Also Sprach Zarathustra*, o.c., pág. 230.

⁸ Rojas Paz Nerva B. «El tiempo como metáfora colectiva de sentido» *R. de Fil. Latinoamericana*, N° 19, Año 1994.